

toda su superficie absorba muchos rayos, como sucede en la Tierra. Vé aqui rebaxada de la reflexion otra gran cantidad de rayos. Por consiguiente, la diminucion de su luz, respecto de la Solar, es mucho mayor que la que sale por el calculo que he hecho, y acaso se acerca, ò iguala al de Mr. Bouguer.

12 Los que siguen la opinion de que la Luna tiene atmospha sensible, podrian añadir otra rebaxa de luz, en atencion à los rayos del Sol, que se rompen en aquella atmospha, asi en su direccion à la Luna, como en la reflexion de ella. Pero véo esta opinion combatida con tan fuertes razones por los mejores Astronomos, que juzgo no se debe hacer cuenta de ella en nuestra quèstion.

13 De lo dicho en ella se infiere, que si la Luna fuese habitada, sus habitantes recibirian mucha mas luz de la Tierra, que nosotros recibimos de la Luna. La razon es, porque la tierra es 64. veces mayor que la Luna: por consiguiente reflexa mucho mayor cantidad de rayos à la Luna, que la Luna à la Tierra. Es verdad que aqui se han de rebaxar los que se rompen en la atmospha terrestre, en el doble transito de incidencia, y reflexion. Pero aun con esta rebaxa, queda aquella iluminacion mayor que esta. Dios guarde à Vmd. &c.



CARTA QUINTA.

AUTORES ENVIDIADOS, y envidiosos.

1 **M**uy Señor mio: Efecto es sin duda del tierno afecto, que debo à Vmd. el sentimiento que muestra de verme invadido por tanta pluma enemiga; y al mismo principio debo atribuir el concepto que ha hecho, de que la envidia es quien animó contra mí esa desbandada tropa de impugnadores. Quien me juzga envidiado, me contempla envidiable, y solo su benevolencia hácia mi persona puede sugerir à Vmd. el dictamen de que hay en ella los meritos, que necesariamente supone aquel glorioso epíteto. Mas siendo así, extraño no véa Vmd. que en la eleccion de objeto vá descaminado su dolor, pues se compadece del envidiado, debiendo lastimarse solo de los envidiosos. Estos son los que padecen, estos los que tienen en una continua tortura el corazon. Asi estos son acreedores à las compasiones, y el envidiado solo à enhorabuenas.

2 Con todo, confesaré à Vmd. que el primer tropél de impugnaciones descomedidas, que cerró contra mi primer Tomo, no dexó de causarme algunos escozores. Veía en ellas aquel furor, que por saciar su fiereza, no desdeña el uso de las armas mas inhonestas, ò indignas: *Iamque faces, & saxa volant, furor arma ministrat.*

3 Pero continuandose la guerra, y en ella dicterios sobre dicterios, ineptias sobre ineptias; injurias sobre injurias, vino à verificarse en mí el axioma Phylosophico: *Ab assuetis non fit passio*; y mis contrarios, repitieron
Tom. II. de Cartas. C3 do

do los golpes, me pusieron en estado de no sentirlos; de modo, que como tuve la fortuna del célebre Juan Luis de Balzac en padecer una prodigiosa inundacion de impugnaciones, asi ellas me colocaron en una situacion de animo cercana à la suya. Digo cercana, pues yo solo pude arribar à mirarlas con indiferencia; él llegó à poner los ojos en ellas con algo de positivo gusto, como testificó él mismo en una Carta que escribió al Canciller Pedro Siguier. Estaba este gran Magistrado de la Francia determinado à prohibir la publicacion de un Libro, que despues de otros innumerables se habia escrito contra Balzac; y sabiendolo este famoso Escritor, le dirigió una Carta, rogandole que permitiese su publicacion; cuyas son en ella las palabras siguientes: *Entretanto que no se presenten al sello (esto es, à pedir licencia para la impresion) más que estos Esgrimidores de pluma, no seais avaro de las gracias del Soberano; antes mitigad un poco vuestra severidad. Si esta guerra empezara ahora, puede ser que yo me disgustase de la supresion del primer libelo, que me dixese injurias. Pero el dia de hoy, que hay por lo menos una mediana Bibliotheca de tales escritos, me complaceré, de que se vaya aumentando cada dia; y miraré, como objeto muy grato, un monte entero, formado de las piedras, que la envidia ha disparado para mí, sin hacerme daño alguno.*

4 Confieso, que yo no me he elevado tanto sobre una pasión, que es bien comun en los Autores, que se vén iniquamente impugnados. Acaso, ni se havria elevado tanto el mismo Balzac; pues bien pudo ser aquella una gentileza de pluma, en que tubiese muy poca parte el corazon.

5 Bien al contrario otro célebre Escritor Erancés, Egidio Menage, que tambien fue muy perseguido de malignas, y vulgares plumas, era tan sensible à sus invectivas, que siendo dotado de una felicísima memoria se lastimaba de gozar esta tan apreciable prenda, porque ella le hacia imposible el olvido de los muchos dic-

te.

terios, con que le habian injuriado. Asi se halla entre sus Poemas una oracion à Mnemosyne, madre de las Musas, y Diosa de la Memoria, en que la ruego le prive de la que tiene de aquellas injurias:

*Da, Dea, da nobis atrociam tot nebulonum
Immeritum, qui me pergunt vexare libellis
Dicta oblivisci, memori mihi condita mente.*

6 Si Menage, Balzac, y otros Autores de su clase, y que padecieron la misma adversidad, resucitasen quarenta, ò cinquenta años despues de su muerte, lograrían la gran satisfaccion de vér castigada por el Público la envidia de sus émulos. Verian, digo, estos Autores sus Memorias, y sus Obras estimadas, y extendidas en el Orbe literario; y al mismo tiempo verian, que de sus émulos ya no existia memoria alguna, y de sus escritos ni aun la ceniza. Esto es lo que siempre sucede, y siempre sucederá. El Público en esta materia, tarde, ò temprano, nunca dexa de hacer justicia.

7 Saca uno de estos Autorcillos (con este diminutivo nombra el Poeta Racine, en el Prologo de un Libro de sus Tragedias, à aquellos que no tienen habilidad mas que para escribir objeciones, y reparos sobre escritos ajenos): saca, digo, à luz un libelo, criticando la Obra de un Autor famoso. Que satisfecho está el pobre de que con él se ha de hacer nombre en el mundo, y ha de borrar el del Autor, que impugna! Esta satisfaccion se fomenta con la experiencia de que por algun tiempo no faltan quienes lo comprehen, y lo lean. Mas ya en esto mismo padece el error de pensar, que el despacho, que tiene, es efecto del mérito de su obra; no siendolo en realidad, sino del mérito del Autor impugnado: compran el librejo unos, porque de los hombres sobresalientes incita la curiosidad, no solo à saber lo que escriben ellos, mas tambien lo que escribe de ellos: otros, porque envidiosos de la Obra del Autor, contra quien se escribió, quieren lograr la maligna complacencia de vér cómo se le muerde. Pero todo esto dura poco. Aquella

C4

cu-

curiosidad, como es de tan corto deleyte, presto se sacia: con un exemplar solo hay para satisfacer la de un gran Pueblo. Como el que le compró le desestima luego que le lee, facilmente le dexa correr por toda la vecindad sin pensar por lo comun en recobrarle. La envidia, quando mas permanece, espira al espirar el envidiado, y con él se sepulta. Desde entonces el mismo que antes le envidiaba, empieza à aplaudirle, y el libelista cae primero en el desprecio, y luego en el olvido de todo el mundo; de modo, que cada hoja de su libelo viene à ser un *folium quod vento rapitur*; y al contrario, los trabajos del envidiado parece que *in plumbi lamina, vel celte sculpantur in silice*.

8 Confieso, que el anticipado conocimiento de la distincion, que entre unos y otros Escritores hará la posteridad, es un leve consuelo para el Autor de merito, que se vé iniquamente mordido de la envidia. No mitiga el dolor al enfermo la prevision de que algun tiempo ha de cesar; mucho menos, si solo de la muerte espera el remedio. Los aplausos, que recibirá de los venideros, son honores funerales, de que solo gozarán sus deudos, amigos, ò apasionados, mientras el está en otra Region donde no dan gloria, ni pena las opiniones del mundo. ¿Pero no tienen por otra parte algunos sólidos motivos de consuelo? Sin duda.

9 Si el Autor zaherido tuviese la aviesa índole de los que le zahieren, podria lograr un insensibilísimo deleyte en la contemplacion de que es mucho mas lo que padecen estos, viendo inútiles todos los conatos con que procuran denigrar su fama, que lo que à él pueden doler estos mismos conatos.

Invidia Siculi non inuenere Tyranni

Maius tormentum.

10 La misma pasion villana del ofensor venga de la injuria al ofendido. Mas como no puedo suponer en este un apetito de venganca, porque estoy siempre firme en la máxima de que no caben en entendimientos nobles

in-

Inclinaciones bastardas; sin inmutar lo material del objeto, propondré à su complacencia mas honesto motivo, y lo será el que mire el tormento del envidioso libelista, no como venganza, sino como satisfaccion de la injuria; ò por proceder con afecto mas desinteresado, y mas puro, ni aun como satisfaccion de la ofensa, si solo como castigo del delito; pues es licito complacerse en lo que es justo desear. Será ese un efecto tan removido de la fealdad de la venganza, quanto dista de esta la hermosura de la justicia.

11 Pero porque mejor sería, si ello fuese posible, curar al envidioso, que consolar al envidiado, propondré para su dolencia un remedio, que acaso será de alguna eficacia. Este consiste en darle à conocer, que su vicioso afecto es el mas irracional, y barbaro, que se puede imaginar; à cuyo fin le preguntaré, si juzga al Autor, à quien persigue, merecedor, ò no del aplauso que logra. Si lo primero, considere quàn brutal es la queixa de que el Público le dé lo que merece. Si lo segundo, solo à su fortuna se debe atribuir el aplauso. ¿Y qué es fortuna? Si sabe responder christiana, y phylosóficamente, dirá, que la causa de los sucesos humanos, à quien llamamos fortuna, no es otra cosa, que la disposicion de la Divina Providencia. Luego, à buena cuenta, de la soberana disposicion del Altísimo se quexa, y contra ella se irrita en los furores, que concibe contra aquel no merecido aplauso.

12 Responderá acaso lo primero, que no se quexa de la causa primera, que como soberana dispone, sino de las segundas, que libremente intervienen. ¿Y quién son esas? Los muchos, que sin razon alaban las obras del Autor. ¿Pero repare aqui, que si lo hacen sin razon, es porque les falta la capacidad necesaria para hacer de ellas el debido juicio; y tienen alguna culpa los pobres de que no les haya dado Dios mas entendimiento; Yá se vé que no. Luego no debe irritarse; antes lastimarse de la falta de capacidad de sus proximos, y rendir à Dios

Dios muchas gracias de que le haya dado mas entendimiento, que à toda esa ignorante multitud; pero tenga cuenta no se deslice en esa accion de gracias al vicio de la del Fariseo: *Deus gratias ego tibi, quia non sunt sicut caeteri hominum.*

13 Responderá acaso lo segundo, que su enfado no es contra los que le aplauden, sino contra el aplaudido; y eso se hace bien creible, porque los dicterios, que publica, no van contra aquellos, sino contra éste. ¿Pero qué culpa tiene el Autor de que le aplaudan? ¿Puede él acallar, ò cerrar las bocas de todo un Reyno? ¿Tal vez de muchos Reynos? ¿Y aunque pudiese, sería culpable en no ejecutarlo? Pienso que no. Lo primero, porque puede estar en la buena fé de que estos aplausos no le son indebidos, à vista de que muchísimos hombres, reputados por inteligentes, se los tributan como justos. ¿Lo segundo, porque aunque los juzgue no merecidos, hay alguna ley que le obligue à improbar la liberalidad de los que por su bella gracia le dán lo que no merece?

14 De modo, que por mas que el impugnador envidioso dé vueltas, y revueltas à todas partes, no hallará objeto digno de su colera; y si él llega à este conocimiento, pienso habrémos adelantado mucho en la cura de su pasion, como sea esta la única que le agita.

15 Atienda bien Vmd. à esta condicion, ò limitacion, que pongo: *Como esta sea la única que le agita;* lo qual me inclino à que pocas veces sucede. Comanmente la envidia en los impugnadores de Escritos celebrados, entra como accesoria de otro vicio, symptoma de otro achaque, hija de otra pasion. ¿De qual? De la ambicion de gloria: quieren hacerse nombre en el mundo, y no pudiendo adquirirle à costa propria, procuran negociarlo à cuenta agena. En una palabra, quieren ser Autores, y no hay para ellos otro modo de serlo. Tienen bien examinados sus fondos. No los engaña el amor proprio. Obran prudentemente en no abanzarse à mas empeño, que el correspondiente à su caudal. Saben que

que el formar una obra, que sea produccion propriamente tal, y subsistente por sí misma, no es para ellos. Al contrario, poner reparitos, entreverados de dicterios, en obra agena, para el mas ignorante es negocio *de calamo corrente*. Del mismo modo que solo un sabio Arquitecto puede formar un noble edificio; pero tirar piedras à sus ventanas, y tejados, no pide ciencia, sino travesura. ¿Qué han de hacer, pues, para ser Autores, sino determinarse à morder lo que no pueden imitar? A este desordenado apetito de gloria es preciso acompañe algo de envidia; pero entra en la empresa solo como pasion secundaria, y aun me atrevo à decir tibia.

16 ¡Ah, señor mio! En quienes considero yo que arde la envidia, como pasion furiosa, no es en estos pocos, que hablan en público, sino en infinitos, que murmuran en secreto; aunque es verdad, que à cuenta de estos, rompen aquellos; porque estos son los que compran los libelos, estos los que los aplauden, estos los que con notable deleyte los leen en corrillos, graduando de rasgos soberanos las mas despreciables ineptias, y dando la mayor carcajada donde encuentran el mas asqueroso dicterio. Pero su complacencia tiene la infelicidad de ser muy transitoria. Leese el libelo, publicase, celebrase; ¿y qué sacamos de aí? Dentro de muy poco tiempo ya no hay quien se acuerde del libelo, ni de su Artifice, y la fama del Autor impugnado sigue el vuelo, que tomó, sin que esos ofendículos le estorven mas, que al curso de un río impetuoso las guijas que le atraviesan. Con que la carcoma de la envidia prosigue haciendo su efecto en los corazones de estos idólatras de libelos.

17 Dexemoslos, pues, señor mio, à su mala suerte. O por hablar, y sentir mas christianamente, compadezcamonos de ellos, y pidamos à Dios les inspire mas sanos afectos, como puede, con su Divina Gracia; cuya conservacion deseo à Vmd. con muchos años de vida, &c.

CAR.